

28 No 11

UNIVERSIDAD NACIONAL AUTONOMA DE MEXICO

UNA APROXIMACION A LA OBRA DE JOSE LUIS ROMERO

BIBLIOTECA CENTRAL

TESINA QUE PARA OBTENER EL GRADO DE LICENCIADA EN
HISTORIA PRESENTA LA ALUMNA HAYDEE CORA TERESITA FIGOLI
VERONESI

FACULTAD DE FILOSOFIA Y LETRAS
COLEGIO DE HISTORIA

México, 30 de Septiembre,
1983



U. N. A. M.
FACULTAD DE FILOSOFIA Y LETRAS
COORDINACION DE HISTORIA



Universidad Nacional
Autónoma de México



UNAM – Dirección General de Bibliotecas
Tesis Digitales
Restricciones de uso

DERECHOS RESERVADOS ©
PROHIBIDA SU REPRODUCCIÓN TOTAL O PARCIAL

Todo el material contenido en esta tesis esta protegido por la Ley Federal del Derecho de Autor (LFDA) de los Estados Unidos Mexicanos (México).

El uso de imágenes, fragmentos de videos, y demás material que sea objeto de protección de los derechos de autor, será exclusivamente para fines educativos e informativos y deberá citar la fuente donde la obtuvo mencionando el autor o autores. Cualquier uso distinto como el lucro, reproducción, edición o modificación, será perseguido y sancionado por el respectivo titular de los Derechos de Autor.

Introducción

Referencias históricas

Notas sobre la historiografía argentina contemporánea

Algunos problemas epistemológicos

Análisis historiográficos

Conclusiones

INTRODUCCION

Este escrito intenta ser una aproximación a los problemas historiográficos presentes en la obra de José Luis Romero. Este historiador argentino que a nuestro juicio vivió un tiempo intermedio entre lo que se llamó el neopositivismo historiográfico de principios de siglo y el desarrollo de las escuelas que propusieron una nueva manera de abordar los problemas históricos, utilizando como fundamento conceptual las tesis del materialismo histórico con todas sus derivaciones y propuestas, cimentó su campo de estudio primeramente en la historia de la cultura y posteriormente en la historia social.

Podríamos señalar que en él confluyeron dos líneas de pensamiento bien definidas. Por un lado, su meticulosidad y manejo de fuentes nos hablan de las influencias de la escuela documentalista, derivada de las propuestas positivistas que insistían en la importancia del manejo de los datos, muy en boga en los años de su formación. Pero aunado a ello, hay en su concepción intelectual y también política, fuertes aportes del humanismo del cual igualmente se nutrió.

Su obra puede ser ubicada en el espacio comprendido entre 1940 a 1976, que es cuando muere. Se conforma en un abanico de temas, que en última instancia, se encuentran ligados entre sí.

En una primera etapa, Romero se interesó por los temas medievalistas, específicamente por las ciudades y el surgimiento de las burguesías. También profundizó sobre la historia de las ideas en Argentina, aunque luego amplió este campo a América Latina en general. Lo que él quería encontrar era el hilo conductor que constituía el fundamento de las sociedades, particularmente las de Occidente.

Nuestro trabajo puede dividirse en tres partes. En una primera, se intenta hacer una descripción del contexto histórico, político y cultural en el cual situamos al autor. Con la intención de sistematizar este período histórico, se ha dividido al mismo, quizá de manera arbitraria, en tres momentos: el primer gobierno peronista comprendido entre 1946 y 1955; la "Revolución Libertadora" iniciada en 1955 hasta el año de 1973, fecha en que da inicio la última experiencia peronista, tercer momento considerado en nuestro análisis.

Posteriormente, siguen algunas referencias a los problemas historiográficos en tanto problemas epistemológicos que nos permitan dilucidar con mayor precisión una corriente en donde ubicar a este historiador. Romero hace historia social. Pero, ¿qué significa ésto?

En la última parte se intenta especificar concretamente algunos temas que preocuparon desde siempre a los historiadores. Qué es la historia para Romero; cómo trabaja el historiador; existe la objetividad en el trabajo histórico; el compromiso político, etc.

A manera de información, anexamos aquí algunos datos biográficos de este autor. José Luis Romero, ingresó en la Universidad en 1929; siguió la carrera de historia en la Universidad de La Plata, Argentina y se graduó con la tesis crisis de la República Romana. Fue discípulo de Rómulo Carbia, Ricardo Levene, Carlos Meras, Emilio Ravignani, Clemente Ricci, hombres de formación típica del siglo XIX, representantes de la nueva escuela histórica. También hubo en la formación intelectual de Romero influencias de su hermano el filósofo Francisco Romero.

A raíz de un viaje que realizó a Europa en 1935-1936 comenzó a interesarse por los temas medievalistas.

En 1953 publicó la Revista Imago Mundi, financiada por Alberto Grimoldi.

Esta revista se transformó en un centro de reunión de profesores que habían salido de la Universidad en el 46 (Vicente Fatone, Roberto Giusti, Luis Aznar, Jorge Romero Brest, etcétera), además de los jóvenes que egresaban de las últimas generaciones.

La Revista Imago Mundi, se proponía defender el punto de vista de la historia de la cultura, y resaltar lo que eran las humanidades en Argentina, además de expresar una cultura que difería de la oficial.

Profesor en la Universidad de La Plata, en 1955 Romero es propuesto por la Federación Universitaria de Buenos Aires como Rector de la Universidad de Buenos Aires, puesto que acepta y ejerce hasta que el presidente Aramburu le solicita su renuncia.

REFERENCIAS HISTORICAS

El objetivo de esta sección es el de proveer elementos históricos del período que cubre la obra de José Luis Romero, que contribuyan a contextualizar sus trabajos en la historia reciente de la Argentina.

La parte fundamental de la obra del autor se extiende desde mediados de la década de los 40 hasta mediados de los 70. A los efectos de facilitar el análisis se van a considerar tres subperíodos que cubren las tres décadas apuntadas: el primer gobierno peronista que se extiende desde 1946 a 1955, constituye el primero de los subperíodos a analizar. La "Revolución Libertadora" de 1955 es el punto de partida elegido para el segundo período que llega hasta el año 1973, cuando la "Revolución Argentina" entrega el gobierno al partido peronista. Y por último, los tres años del segundo gobierno peronista que concluyen con el golpe de 1976.

Esta periodización es, sin duda, parcial y limitada, pero parece ser lo suficientemente general como para alcanzar el objetivo señalado. En los tres subperíodos se destacarán elementos que permitan caracterizar la situación

argentina en lo económico, político y social, así como aportar algunas referencias respecto a la actividad cultural y la medida en que ésta se ve condicionada por la situación general del país.

El primer gobierno de Juan Domingo Perón constituyó una etapa de cambios fundamentales para la historia argentina. Por lo que hace el ámbito internacional, el fin de la segunda guerra mundial planteaba un realineamiento de los diversos países respecto a las alternativas de "mundo libre" y "socialista" que eliminaba la posibilidad de actitudes "tímidas" como la de Argentina durante la segunda guerra mundial, cuando adhirió a las potencias aliadas un par de meses antes de la capitulación de Alemania, Italia y Japón. En segundo lugar, el golpe de estado de junio de 1943, y la "salida" elegida de permitir elecciones con un candidato militar y no acceder a los intentos de los representantes del liberalismo-conservador de congelar a Perón y su proyecto nacionalista popular, cambió radicalmente la posición del poder militar en la política argentina. En tercer lugar, el papel de los trabajadores urbanos a través de los grandes sindicatos, los cuales terminan de constituirse en un factor de poder fundamental. Es en este contexto de cambios importantes que se

presentará a grandes rasgos, la situación de la Argentina en el período.

En lo económico, el gobierno de Perón impulsó decisivamente la industrialización del país. Este proyecto económico era visto por los ex-conductores de la economía nacional como excesivamente costoso e inviable para un país agrícola y pecuario. El crecimiento de la industria llevó al fortalecimiento de una burguesía industrial articulada y a partir de entonces se aclaran las alternativas para el desarrollo del país. La "liberal" planteaba la necesidad de la integración general e irrestricta a la economía internacional, fundamentando sus apreciaciones en las ventajas comparativas que la producción agropecuaria argentina tenía respecto a la producción industrial. Y la alternativa "nacionalista" que sostenía la necesidad de proteger a la industria la cual constituía la verdadera fuente de riqueza de un país, que por otra parte, necesitaba generar empleos y mejorar la situación socio-económica de los sectores sociales más marginados. Perón optó decididamente por el segundo de estos proyectos. La intervención del Estado en la economía se intensificó; por ejemplo, se impulsó un Plan Siderúrgico e incluso las principales empresas industriales controladas por el ejército adquirieron una importancia mucho mayor, tal es el

caso de Fabricaciones Militares que se expandió decididamente durante el período. Las políticas de nacionalización de servicios públicos esenciales también pusieron de manifiesto el intento de recuperar para el Estado, ciertos sectores claves de la economía nacional.

El sector laboral tuvo un lugar destacadísimo en la política económica de este período. La legislación del trabajo fue notablemente pro-obrera y la situación de auge económico vivida en los primeros cinco años de gobierno peronista permitieron el acceso de aquellos a mejoras sustanciales en su nivel de vida.

El proyecto económico estipulado no terminó de constituirse en algo viable para la economía argentina. La industria protegida, al igual que en otros países de América Latina, produjo desequilibrios externos al no generar suficientes divisas. Se terminó dependiendo de los excedentes de divisas del sector agropecuario.

En lo político, los partidos tradicionales tuvieron un accionar muy limitado, en parte por el control que el peronismo ejerció sobre los medios de comunicación, pero también por el hecho de que éstos, al estar coludidos con sectores liberales anti-peronistas, tenían muy poco margen de maniobras en la política nacional homogeneamente

dominada por el peronismo. La iglesia, por su parte, apoyó al partido gobernante pese a algunas de las medidas implementadas (derogación de la ley implementada por los militares golpistas del 43, que hacía obligatoria la enseñanza de la religión católica en las escuelas).

La relación del gobierno con el poder militar ocupó un lugar de primer orden en la política del período. El peronismo trató de asimilar las Fuerzas Armadas al proceso en curso, teniendo claro desde el principio que sería de las propias fuerzas armadas desde donde podría surgir la oposición más peligrosa. La política estatal respecto a la suboficialidad militar (sector constituido por clases no privilegiadas), preocupó hondamente a los sectores más liberales de las Fuerzas Armadas, que tomando una visión general del período se puede decir que apoyaron decididamente al gobierno del general Perón, el cual entendían, había sacado a la institución "limpia" de la crisis en que se veía sumida o después del golpe de 1943, promoviendo también el rearme y la modernización del ejército y con una posición decididamente "occidentalista" ante la guerra de Corea. El anticomunismo de la política peronista constituía un atractivo muy grande en los años de auge de la guerra fría en el mundo.

En el ámbito de la cultura, el peronismo cuestionó los patrones culturales dominantes, hasta ese momento controlados por la burguesía ligada de una u otra forma al liberalismo. La cultura rioplatense había tenido hasta entonces, como signo específico dentro de sus características nacionalistas, un fuerte acento europeizado. En lo literario, un ejemplo de esto fue la revista Sur, diseñada por la elite intelectual argentina del momento.

"Desterrados de Europa en América, desterrados de América en Europa. ... grupito diseminado del Norte al Sur de un inmenso continente y afligido del mismo mal, de la misma nostalgia, son los protagonistas del viaje estético cuyo diagnóstico suntuoso y elegíaco hace Victoria Ocampo en Testimonios. Mújica Láinez en Invitados en el paraíso, les tiende su horóscopo: 'París es como nacer de nuevo para un argentino'... Y las señoras escritoras como la misma Victoria Ocampo o Delfina Bunge de Gálvez

(con su antecedente en la hermana de Mansilla o en una de sus prolongaciones a lo Gloria Alcorta) que han publicado directamente en francés intentando imaginariamente superar esas fronteras pero para lograr, en realidad, concretar una forma más de escisión colonialista". *

Las características señaladas del período peronista, en lo económico, político y social, así como la actitud anti-imperialista asumida a través de la llamada "tercera posición" (la cual aludía a distanciarse de ambos "imperialismos" por igual), constituyeron un cuestionamiento decisivo al patrón cultural dominante. El proyecto nacionalista, sin embargo no llegó a construir un modelo de desarrollo cultural alternativo que dejara espacios para nuevas formas de expresión. Tomando el ejemplo del arte, en 1945 surge en Argentina el movimiento Madí, como la vanguardia no figurativa en las artes plásticas, la música y la poesía. Las propuestas de este movimiento que en su mayoría estaba conformado por la pequeña burguesía intelectual, serán básicamente un arte crítico y de protesta, pero funda-

* Viñas, David. Literatura argentina y realidad política; de Sarmiento a Cortázar; Buenos Aires, Siglo Veinte, 1971

mentalmente escondido detrás de un lenguaje casi impenetrable que realmente no permite descubrir que hay detrás de él. Esto es una reacción de tales artistas que vieron en lo no figurativo la única opción de expresión. Es así que el arte conceptual adquirió una dimensión política, introduciendo un lenguaje cifrado detrás del cual se filtraba el comentario social.

Esta actitud respecto a la cultura, terminó por minimizar absolutamente la importancia de los sectores que buscaban expresarse y fué en dichos sectores donde el movimiento estudiantil "reformista" que había sido atacado por la política oficial a través de muchos medios, reclutó el grueso de sus partidarios en la Universidad bajo las consignas de "libertad académica" y "autonomía". Así, el repudio que manifestaron los intelectuales independientes, muchos de ellos liberales, hacia el populismo peronista, fue en parte resultado de la incapacidad del sistema para generarles un espacio de inserción factible.

La consecuencia de ésto fue el hecho de que en las Universidades sólo se pudo contar con intelectuales que expresaban una interpretación de derecha del peronismo, emanada de los sectores católicos de las clases medias. En este

sentido las instancias de transformación social promovidas por el peronismo en la sociedad argentina no tuvieron una actitud correspondiente respecto al desarrollo cultural.

El segundo período a considerar es el que se extendió desde mediados de la década de los 50, cuando fue derrocado Perón, hasta principios de la década de los 70. Durante estos 18 años se sucedieron varios gobiernos militares y civiles, todos ellos con un rasgo en común: la proscripción del movimiento peronista. La realidad argentina en esos años partió de la negación de un hecho indiscutible: las elecciones de 1946 habían sido ganadas por el peronismo obteniendo el 60% de los votos, y durante casi 20 años se trató de quitar las influencias peronistas en la vida política y social argentina*.

El resultado de dicho intento, visto retrospectivamente, fue el de reforzar a un movimiento peronista que había perdido, en los primeros años de los cincuenta, buena parte de la legitimidad social que tuvo a mediados de los cuarenta. Este análisis entonces, pretende exponer las líneas básicas seguidas por la Argentina en lo económico, político y social, durante estos años marcados por la decisi

* El programa del presidente Aramburu partía de un objetivo esencial: suprimir todo vestigio de totalitarismo para restablecer el imperio de la moral, de la justicia, del derecho, de la libertad y de la de mocracia.

va intervención militar en la política nacional.

En lo internacional la caída de Perón marcó un cambio fundamental en las relaciones exteriores de la Argentina. Además las necesidades de acercamiento financiero motivadas por las circunstancias económicas, la "Revolución Libertadora" se incorporó decididamente al "mundo libre" tratando por todos los medios de estrechar relaciones con los Estados Unidos. Así, el gobierno argentino ratificó la carta de la OEA, promovió la formación de una OTAN del Sur, y firmó los acuerdos de Bretton Woods para incorporarse al Fondo Monetario Internacional y al Banco Mundial. Posteriormente, con el triunfo de la revolución cubana y la ruptura de relaciones del gobierno de La Habana con los Estados Unidos, la guerra fría se trasladó al continente.

Durante los 60, y como respuesta a la crisis cubana, Estados Unidos, fundamentalmente durante la presidencia de J.F. Kennedy, trató de preparar a través del Pentágono a los ejércitos latinoamericanos en la lucha anti-subersiva y en acciones de contrainsurgencia ante la eventualidad, considerada como factible en aquellos tiempos, de que el comunismo se extendiera sobre el resto de América Latina.

Ante este contexto internacional, la intromisión de los militares en la política interna pasaba a tener una razón de estado, más aún cuando para los militares ultra-liberales-muy poderosos en esos años-, comunismo y peronismo parecían ser la misma cosa.

Al final de este período, a fines de los años 60, ese clima de guerra fría en el continente se ve atemperado: el Ché Guevara muere en 1967, Estados Unidos continúa fracasando en Vietnam y los militares argentinos lanzan el Plan Europa para abastecerse de armamentos en otros países occidentales, como Francia. La situación internacional en aquel momento facilitó el surgimiento de brotes nacionalistas, que en cierta forma caracterizaron al gobierno de la "Revolución Nacional" del general Onganía a finales de los 60.

En lo económico, este período estuvo dominado por la experiencia desarrollista lanzada por el presidente Frondizi, en 1958, y retomada con las variantes propias de la década de los 60 por el gobierno del general Onganía. Para el desarrollismo los problemas sociales se resolverían a través de un proceso de industrialización acelerada que modernizaría definitivamente al país y lo sacaría del subde-

sarrollo. Para lograrlo no se tuvieron ningún tipo de miramientos respecto al origen de los capitales, en este sentido se autorizó la entrada masiva de empresas extránjeras para que produjeran internamente en vez de exportar desde fuera.

La política de liberalidad respecto a la inversión extranjera tuvo su máxima expresión en la firma de los contratos petroleros por los cuales se otorgaba la concesión de la exploración de yacimientos a empresas extranjeras.

Este programa económico contaba con el apoyo de la burguesía industrial, la cual veía en el sostenimiento de las barreras arancelarias, que evitaban la entrada de productos extranjeros, la condición sine qua non de su existencia. La participación obrera por otra parte, sería mediatizada a través de un mayor control por parte del Estado, del funcionamiento de sus agrupaciones gremiales.

El segundo intento de "modernizar" la estructura productiva del país que también se lleva a cabo en este período se dió durante el gobierno de Onganía, cuando ocupaba la cartera de Economía, Adalbert Krieger Vasena. Aunque el objetivo era el mismo, los agentes que en esta oportunidad se

pensaba liderarían el proceso, eran diferentes: se trataba ahora, de generar un complejo militar-industrial controlado por grandes empresas oligopólicas, nacionales privadas, estatales y transnacionales, las cuales serían las encargadas de hacer de la industria argentina, una industria competitiva a escala internacional. En este caso el énfasis también estaba en el desarrollo industrial y en los grandes proyectos de generación de infraestructura básica.

En lo político y social, este período caracterizado por las proscipciones avanza con vaivenes muy marcados hacia un relajamiento de la "disciplina militar a la que en un principio se trató de someter a la sociedad. Los partidos políticos durante la mayor parte del período se debatieron en el dilema de sostener actitudes antiperonistas (hay que recordar que la mayor parte de los Partidos no peronistas adhirieron al golpe de estado de 1955), pero con la necesidad de contar, de alguna manera, con la masa del electorado peronista para poder triunfar en los comicios. Asociada con estos rasgos, está también la actitud militar durante el período, que como se señaló antes, ejerció durante todo el período el poder de veto respecto a la sociedad política argentina. A la retórica antiperonista que llevó al derrocamiento de Perón en 1955 y al

intento de impulsar una estrategia de industrialización, sin "masas peronistas", le siguió el intento de mediados de los 60 de "marginar" integralmente a la clase política-gobernaba entonces el país el presidente Illía de la Unión Cívica Radical del Pueblo- acusándola de "lenta e ineficiente" para llevar adelante el programa de modernización que el destino de grandeza del país imponía.

Respecto a las organizaciones sindicales y al movimiento obrero en general, este fue un período de duras luchas y de una creciente tensión social, a la que el poder militar respondió reprimiendo en innumerable cantidad de ocasiones. El poder sindical, sin embargo, se fue fortaleciendo a lo largo de todo el período, constituyendo en todos los casos la presencia viva del proscrito movimiento peronista. La actitud de los sindicalistas fue, en la mayor parte de los casos, a la vez que militante creciente -mente dialoguista, más aún con las autoridades militares del 66. El movimiento sindical entendía que el "nacionalismo" que declamaba el gobierno de Onganía era una razón importante para "colaborar" con dicho régimen. Esta actitud fue cambiando conforme se deterioró el proyecto de la revolución argentina hasta llegar a los sucesos del Cordobazo, de 1969, cuando en un clima de insurrección popular, grandes grupos de obreros y estudiantes toman, practicamen

te, la ciudad de Córdoba. A partir de allí el poder sindical se consolidó hostigando al gobierno militar para lograr una salida electoral.

Un elemento de importancia que es preciso señalar antes de apuntar algunos rasgos de la situación cultural del país en esos años, fue el de la violencia armada que se comenzó a generalizar en las grandes urbes. Las llamadas "formaciones especiales", grupos peronistas de izquierda que estaban por la lucha armada comenzaron una tarea de hostigamiento que incluyó la muerte de varios generales del ejército. El secuestro y posterior muerte del general Aramburu constituyó el principio de esa ola de violencia, que se fue exacerbando con una creciente represión militar hasta la entrega del poder en 1973, para volverse absolutamente incontrolable a mediados de los 70.

En lo que hace a la situación cultural del país durante estas dos décadas la Revolución Libertadora de 1955 reabrió las puertas de la Universidad a los liberales, que debieron abandonarla durante el peronismo. Las nuevas autoridades universitarias-en ese momento J.L. Romero había sido nombrado interventor- apoyaron decididamente el proyecto de educación liberal que se buscaba restablecer y que

se manifestaba con un viso de modernismo; por ejemplo, el proyecto de implantación de carreras nuevas como Sociología, Psicología, Ciencias de la Educación. Buena parte de ese apoyo a la Revolución Libertadora se fue diluyendo cuando sectores intelectuales independientes fueron comprendiendo que la ideología militar encubría bajo un discurso antiperonista una actitud antipopular y antiobrera con la que ciertos sectores de la intelectualidad no estaba de acuerdo.

La creciente politización de las universidades, que se acentuó durante los interregnos de los gobiernos civiles, como el de Illía, se vió abruptamente interrumpida con la "despolitización" a que se hacía referencia más arriba, y que caracterizó la posición de la "Revolución Argentina" respecto a la cultura.

El último período que se va a analizar es el que se extiende del año 1973 al año 1976, durante el cual asume el gobierno el partido peronista. Este período, si bien muy corto en cuanto a tiempo fue muy significativo en tanto y en cuanto constituyó una especie de catalizador de los proyectos y alternativas políticas que se manifestaron en el país durante la década anterior. En tan solo tres años se asiste a cambios radicales en la orientación política, económica y social, así como en lo cultural.

El nuevo gobierno peronista del presidente Cámpora nació como un gobierno apoyado básicamente por los sectores de izquierda del movimiento peronista. La tendencia era la expresión armada o militar, las formaciones especiales, dentro de las cuales el grupo más importante eran los Montoneros. Estos constituían el apoyo más directo del gobierno de Cámpora. Tal situación se vió reafirmada con los visitantes extranjeros que asistieron a la toma de posesión del presidente Cámpora: solo dos jefes de Estado, Dórticos de Cuba y el presidente Allende de Chile.

El proyecto del nuevo gobierno, se promulgó por una firme política anti-imperialista, hecho que se visualizaba en una tensa relación con los Estados Unidos. Esta situación se agudizó después del golpe de Estado del general Pinochet en Chile y la constatación de la intervención directa de la CIA en la preparación del mismo. Este proyecto político, sin embargo, duró tan sólo unos meses; la vertiente sindicalista comenzó a presionar por una participación más directa en el gobierno, precipitando la renuncia de Cámpora y el llamado a elecciones que traería a Perón, primero al país, y luego al gobierno. Como algunos analistas lo refirieron en su momento haciendo referencia a las consignas de uno y otro sector del peronismo: se daba el paso a la "patria peronista" marginando del aparato a la

"patria socialista" que una vez en el gobierno y "parcialmente" desmantelado su aparato militar no tenía ningún apoyo institucional en el país. Este cambio se reflejará, como se verá mas adelante, en otras áreas de la realidad nacional.

En lo económico, el proyecto partía de un pacto social entre la Confederación General Económica, la cual constituía la representante de la burguesía industrial nacional, sector capitalista dominante en este proyecto y la Confederación General de Trabajadores, bastión del movimiento peronista. En este contexto, se incentivó el desarrollo del sector industrial, estipulando altas barreras arancelarias y evitando de esta forma la importación de productos del extranjero. Asimismo, se planteó un estricto y rígido control a las inversiones extranjeras.

Un aspecto de especial relevancia lo constituyó la introducción, muy poco duradera por cierto, de un proyecto sobre la renta potencial de la tierra, que pretendía "forzar" a los grandes terratenientes de la pampa húmeda a que explotaran plenamente sus tierras, bajo amenaza de altos impuestos e incluso la expropiación.

Se produjo un aumento sustancial en el nivel del salario de los trabajadores. Este comenzaba a recuperar su nivel histórico, tan deteriorado durante la segunda mitad de los sesentas.

Al cabo de tan sólo dos años, no quedaba nada del pacto social. La hegemonía de la vertiente sindicalista al interior del movimiento no garantizó la influencia en el gobierno y a mediados del año 1975, comenzó a precipitarse la crisis que aún hoy vive Argentina.

El proceso inflacionario se desató y alcanzó niveles records; los salarios comenzaron a perder poder adquisitivo muy rápidamente; las reservas internacionales bajaron, y en general, la base económica de sustentación del régimen se derrumbó. En lo económico, al igual que en lo político, al desplazamiento de un proyecto le siguió un no-proyecto que anulaba al precedente pero no alcanzaba a delinear uno nuevo. Los tiempos se precipitaban.

La política cultural cambió radicalmente en un año. Durante el gobierno de Cámpora se habían impulsado en las Universidades, reformas verdaderamente profundas, que si bien un tanto precipitadas en su ejecución, pasaban por una participación masiva de los estudiantes en la vida política de la Universidad. Esta posición en lo cultural,

llevó a que el mercado editorial argentino reincorporara obras de autores socialistas, marxistas, maoistas y en general cualquier corriente del pensamiento progresista. En la educación se impulsaron programas de enseñanza que motivaron una participación mucho más activa del estudiante en el proceso de aprendizaje. En definitiva se buscaba cambiar el proceso educativo por uno más enfocado hacia una perspectiva social del país. Todo ésto no llegó a durar dos años. El cambio fue radical y en algunas áreas la involución implicó quedar en peores condiciones que en 1973.

Los militares, después de "vergonzante" entrega del poder a un gobierno peronista-impensable algunos años atrás-, se retiraron a observar la evolución de los acontecimientos y comenzaron a involucrarse decisivamente cuando el gobierno decidió reprimir o exterminar los brotes guerrilleros que comenzaron nuevamente a ganar fuerza.

El poder de veto militar, estaba intacto y la historia vuelve a demostrar que para la mayor parte de los actores sociales de Argentina, la democracia constituye o al menos constituía en esos días un "paradigma" muy difuso.

mientras que el poder militar era la tabla de salvación .
Esta visión seguía siendo válida en amplios sectores del
país en el año 75 y 76.

La sociedad política argentina vivió entonces en la
primera parte de los 70 un proceso acelerado de descompo-
sición en todos sus ámbitos; este desencadenó nuevamente
las condiciones para un golpe de estado que tuvo lugar en
1976, con el apoyo de, prácticamente todas las institucio-
nes (tal era el deterioro del gobierno), y con el cual se
volvió a intentar con renovados ánimos y aún más desastro-
sos resultados un nuevo proyecto para la Nación. Era el
tercer intento en menos de veinte años y sin duda fue el
más catastrófico.

Los tres períodos, a muy grandes rasgos presentados
muestran la poca estabilidad de los proyectos políticos y
culturales en Argentina y en todo el período productivo de
la vida de J.L. Romero. Durante dicho período muchos es-
critores fueron reprimidos, primero por el gobierno pero-
nista y posteriormente por gobiernos de facto, antiperonis-
tas.

NOTAS SOBRE LA HISTORIOGRAFIA ARGENTINA EN ESTE SIGLO

En lo concerniente a la historiografía argentina contemporánea, podríamos hablar, de dos corrientes básicas, significativas de este siglo, también posibles de ser remitidas a la historiografía latinoamericana en general.

Evidentemente esta clasificación no toma en cuenta el abanico de posibilidades que cada una de ellas encierra, en cuanto a los matices en la interpretación histórica.

De esta manera y siguiendo a Alberto Plá, se podría afirmar que las líneas o corrientes representativas en la historiografía argentina serían, entonces, la historia fáctica que estudia el acontecimiento en sí mismo, teniendo como eje de su estudio la historia política, los grandes hechos heroicos, la epopeya del héroe nacional y la corriente contemporánea o historia social y económica que inspirada en F. Braudel y la escuela de los Annales y en parte también del materialismo histórico, se preocupa por el tiempo largo, entendiendo la historia como un conjunto de elementos que deben ser armonizados en el análisis del lento cambio de las estructuras, trasfondo alrededor del cual

surgen las coyunturas específicas, tanto del pequeño hecho político como del pequeño hecho social o económico.

En esta forma, fue la historia fáctica, esa historia cargada de reminiscencias del positivismo del siglo XIX, la que tuvo el predominio indiscutido en las Universidades en las primeras décadas del siglo, concretamente hasta los 40. Esta corriente "parroquial o localista" ignoró sistemáticamente la existencia de conceptos generales (imperialismo, modernización, ideologías) que incidían en el curso de los acontecimientos nacionales. "Historia de abogados leída por abogados", con un contenido bastante moralista, tampoco vaciló en clasificar al historiador como el fotógrafo del pasado.

Entre los años 30 y los 40 hubo cierto interés del público por temas de historia económica y social; sin embargo, Argentina se encontraba con carencias al respecto.

Con el desarrollismo económico, es decir a partir de la década de los 50, y con la influencia sobre todo de trabajos efectuados en Europa entre la primera y segunda guerras mundiales, se da el surgimiento de investigaciones en historia económica, con fuerte orientación hacia la histo-

ria social. Este cambio no es privativo de la historia sino que abarca a las demás ciencias sociales. Esto ocurre en la medida en que los sectores que promueven el desarrollo industrial necesitan cuadros de economistas, sociólogos y especialistas en todas las disciplinas capaces de ordenar de la mejor forma posible las relaciones sociales.

Pese a las políticas contradictorias sufridas por las ciencias sociales, los desmantelamientos sistemáticos de sus cuerpos docentes por reiterados cambios de gobierno (Ver Referencias Históricas), esta etapa es la primera en la que un conocimiento científico de la sociedad intenta explicar su desarrollo.

Volviendo a la ciencia histórica, podría afirmarse que se produce una suerte de reubicación importante en esta disciplina en cuanto a que su estímulo proviene ahora en parte de otros esfuerzos de intención predominantemente teóricos, en tanto que antes provenía exclusivamente de la esfera de la práctica.

Esta nueva manera de interpretar los fenómenos históricos tuvo como preferencia el abordar el estudio de las bases o sustento estructural del proceso histórico. Es como si en ella confluyeran las dos variables de la tarea historiográfica: el dominio de un considerable material y la capacidad de hacerle preguntas al mismo.

ALGUNOS PROBLEMAS EPISTEMOLOGICOS

Algunos antecedentes básicos acerca del problema del quehacer histórico durante este siglo, podrán ayudarnos a encontrar un contexto en donde situar a nuestro autor de manera más concreta.

Podemos decir que los supuestos fundamentales que de finieron a la historiografía contemporánea occidental y, en general, al problema del conocimiento en las ciencias sociales, pueden agruparse, de manera muy esquemática, en dos grandes líneas de aproximación a la realidad: el racionalismo y el empirismo. Del primero derivará, posteriormente, el historicismo y el idealismo; priorizará la importancia del sujeto en los modelos epistemológicos; el empirismo, en cambio, será el sustento de las concepciones positivistas y materialistas, que subrayarán la existencia de una estructura como configuradora de los hombres. Estas dos líneas de pensamiento han sido las oposiciones básicas que ha ido teniendo el problema del conocimiento.

Recordemos someramente cuáles son los problemas que concernen a cada una de estas corrientes epistemológicas.

La escuela positivista se apoya en la consideración de que el conocimiento histórico es factible como reflejo fiel, exento de cualquier factor subjetivo, de los hechos del pasado. Esta forma de visualizar los fenómenos de la realidad histórica y de la realidad en general, surge a partir de una intención de similitud con el método que comenzó a aplicar la ciencia físico-matemática en siglos pasados.

En efecto, el viejo empirismo veía en la suma de datos acumulables en torno a un objeto de estudio, las bases para la comprensión del mismo. Ese afán por homogeneizar al objeto de estudio de las ciencias sociales con el de las ciencias naturales, pretendiendo contraer leyes estables como las leyes de estas últimas, llevó a la visualización de los hechos sociales como cosas, tal como lo plantearía E. Durkheim .

El positivismo que asimila los enunciados del empirismo, rechaza la interdependencia entre el sujeto cognoscente y el objeto de estudio.

Esta escuela presupone también una relación cognos-
citiva conforme al modelo mecanicista, es decir: la inter-
pretación es pasiva, contemplativa. El historiador que es
el sujeto cognoscente, es imparcial no sólo en tanto que
supera las emociones y predilecciones, al presentar los
acontecimientos, sino que también rechaza y sobrepasa to-
do condicionamiento social en su percepción de esos acon-
tecimientos. Si reunimos una cantidad suficiente de he-
chos bien documentados, surge por sí misma la ciencia de
la historia.

Como sabemos, esta obsesión un tanto, digámosla a
manera de ejemplo, "esterilizante" de la vida histórica,
fue la reacción a los movimientos románticos cuyos discur-
sos carecían de fundamento; el romanticismo se caracteriza
ba por ser el reino de la subjetividad: poesía, fantasía,
relatos arbitrarios como parte del quehacer histórico.

El positivismo que, pese a todo, significó un conside-
rable progreso científico y que ocasionó una auténtica revo-
lución en este dominio de la ciencia en cuanto a sus técni-
cas de investigación, recopilación de fuentes y su utiliza-
ción, se apoyó en la independencia del objeto, con la ilu-
sión de conocerlo sin transferencia alguna de conciencia hu-
mana.

La consecuencia de esta rigidez interpretativa fue una suerte de rebelión antipositivista, cuyos fundamentos más importantes fueron la concepción de una totalidad orgánica para definir la relación mutua entre el objeto y el sujeto de conocimiento; la idea de que el acto de conocer, es eso, un acto, o sea que no puede ser pasivo, contemplativo; la afirmación de que el conocimiento y el compromiso del historiador siempre están condicionados socialmente, por lo tanto el historiador tiene siempre un "espíritu de partido".

Esta nueva idea historiográfica adquirió su forma más violenta en el presentismo; primero en las ideas de Benedetto Croce, luego en el pragmatismo de Dewey y las concepciones de Collingwood hasta arribar esta línea de pensamiento, en los presentistas norteamericanos de los años 30 y 40.

¿Qué es presentismo?. Considerar la historia como proyección del pensamiento contemporáneo sobre la realidad pasada. Croce decía, que toda historia era historia contemporánea.. Pero de alguna manera, en la concepción filosófica de Hegel se reunían yá algunas ideas precursoras del pensamiento. Veamos un pasaje hegeliano:

"El historiógrafo corriente, medio, que crece y pretende conducirse receptivamente, entregándose a los meros datos, no es en realidad pasivo en su pensar. Trae consigo sus categorías y vé a través de ellas lo existente. Lo verdadero no se halla en la superficie visible... aquí lo esencial es el dato histórico, al cual el trabajador aporta su espíritu que difiere del espíritu del contenido".*

Hegel definiría el pragmatismo en la historia como la proyección del presente sobre el pasado: cómo es que el pasado se convierte en presente para el historiador, y cómo el presente se proyecta por consiguiente sobre la visión del pasado..

Existen diversas formas de presentismo; hay algunos historiadores presentistas que consideran que la historia equivale a "pensamiento sobre la historia". El proceso histórico, objetivo, real, desaparece y solamente queda el pen

* Hegel en Schaff, A. Historia y Verdad. México, Grijalbo, p. 124

samiento, ya sea, pensamiento sobre el proceso real, o pensamiento que crea historia. Su interés científico se concentra en el único factor subjetivo que de acuerdo con su concepción está condicionado por lo social, aunque permanezca exclusivamente en el terreno del pensamiento.

Una de las debilidades del presentismo es el relativismo en que incurre, ya que para esta corriente, la historia debe ser reescrita constantemente obteniéndose así diferentes historias, e incluso contradictorias, que sin embargo son verdaderas. Esto es, hacer depender la verdad del juicio del sistema de referencia del historiador. O lo que es lo mismo, reducir la ciencia de la historia a la nada.

El padre del presentismo en realidad fue Croce, ya que con él se inaugura la tesis que afirma que la historia es el pensamiento contemporáneo proyectado sobre el pasado. La concepción del mundo de Croce se caracteriza, sobre todo, por un espiritualismo radical y por la negación del materialismo. Según la filosofía de Croce, la esfera espiritual se extiende no sólo a las actividades teóricas, sino también a las materiales y prácticas. Y el concepto fundamental desarrollado por Croce será el de la importancia del papel que juega la intuición en el conocimiento. Para Cro-

ce lo intuitivo es la forma fundamental de la actividad del espíritu; intuición como fundamento de la existencia ya que ella crea su objeto. Si ésta es la expresión del alma del historiador y crea su objeto, el historiador evidentemente no puede revivir los hechos del pasado ni entrar en contacto inmediato con ellos.

La intuición que es vivida por el historiador, entraría en oposición con las teorías sobre la historia como conocimiento del pasado; por ello, Croce redondeará los conceptos presentistas señalando uno nuevo aún: toda historia es contemporánea. La historia es actual, puesto que es el producto de un espíritu cuya actividad siempre se sitúa en el presente y que crea su imagen histórica, fuera de la cual no existe historia; todo está bajo los intereses y motivos actuales.

"La necesidad práctica en que se basa todo juicio histórico confiere a la historia la propiedad de "lo actual", ya que siempre está en relación, por lejano que sea el pasado a que conciernen los hechos con una necesidad actual, una situación actual".*

* (Croce en Schaff, p. 129)

Decía también Croce que cada acto espiritual (y en su parecer la historia lo es), contiene todo el pasado y , viceversa, el pasado resucita en el momento en que los do- cumentos evocan y fijan los recuerdos de estados y senti - mientos. La historia se constituye al surgir simultánea - mente del presente y de la práctica interior. Se proclama ría una suerte de humanismo: historia como una proyección particular del yo.

De ésto se deduce que el presentismo no dá la opción de referencia interpretativa, más que a aquella que consi - dere que la verdad del conocimiento histórico está en fun - ción de la necesidad que engendre dicho conocimiento. Y co mo las necesidades siempre son múltiples, no existirían le - yes históricas.

Al relacionarse el conocimiento y su verdad con la necesidad a cuyo interés este conocimiento responde, el pre sentismo se emparenta con el pragmatismo.

Esto origina un terrible problema en tanto que se llega a reconocer que no se puede hablar de una historia ya que existen infinitas historias, igual a la cantidad de es - píritus que "crean" la historia, según las necesidades múl - tiples de los mismos.

Un historiador presentista señalará que la historia nunca está dada. No se podrá afirmar cuando finalizar su estudio, ya que siempre, el mismo es una respuesta a los cuestionamientos que al estudioso se le plantean en el momento de realizarlo.

La historia se encontraría entonces en continua variación. La reescribimos constantemente, no sólo porque descubrimos hechos nuevos, sino también en tanto cambia nuestra percepción sobre lo que es un hecho histórico.

ANALISIS HISTORIOGRAFICO

Hay dos momentos, dos líneas de pensamiento muy bien definidas que confluyen en la concepción intelectual de José Luis Romero. Por una parte y haciendo eco de la tradición educativa en cuanto a la disciplina histórica, encontramos en este autor un gran bagaje, una gran reminiscencia de la historia tradicional positivista. El hará una crítica profunda a esta nueva escuela histórica. Sin embargo, lo que toma y rescata de la misma, es el rigor en su oficio, la meticulosidad, diríamos casi la precisión en cuanto al trabajo artesanal.

No obstante hay otra vertiente. Un segundo elemento muy bien definido en él, y es la tradición del pensamiento humanista. En efecto, Francisco Romero, Pedro Henríquez Ureña, Alejandro Korn, Rodolfo Mondolfo, entre otros, fueron influencias muy importantes para este historiador, en un momento muy específico de la historia argentina y también de la historia mundial. Aquí nos referimos a la crisis desatada en el mundo por el fascismo.

La resultante de ésto, muy esquemáticamente tratada, sería una caracterización de su pensamiento y su forma de abordar los problemas históricos en los siguientes términos: rigor en cuanto al trabajo artesanal, al oficio; una gran preocupación por el hombre considerando a éste como el eje de la problemática socio-histórica; una gran pasión por el destino de la comunidad, de su comunidad.

Romero tuvo un interés fundamental: la historia de la cultura. Este mundo de la cultura (arte, filosofía, .. escala de valores) fue para él, expresión y también agente activo del universo social. La suya es historia de la cultura que incorpora lo político.

Sin embargo, lo político es entendido de manera parcial. Por ejemplo, Romero no incorporaría, dentro de sus definiciones políticas, la lucha de las clases mayoritarias por el poder.

Como buen humanista, reflexionaba acerca de que aquella historia que se identifica con la pura erudicción, la historia que no incorpora el trabajo de interpretación y casí diríamos el historiador que no se compromete, pierde significación vital. "Significación vital" es un concepto

clave en este autor. Porque Historia y vida son dos elementos muy compenetrados, muy entrelazados, en donde uno define al otro.

Evidentemente esta reflexión de Romero es una crítica que pronuncia hacia la vieja tradición positivista preocupada en exceso por la importancia de los datos. No porque los mismos no sean necesarios en el quehacer histórico, sino por el peligro que encierra no ver más allá de ellos. Es una crítica radical que hace a la historia de Ranke, Niebuhr, Mommsen.

"La búsqueda pareció más importante que el hallazgo y se comenzó a buscar cada vez con mayor ahínco y sin otro objetivo que el de acumular datos; así se fue perdiendo de vista el conjunto del pasado en cuanto interesa para el hombre vivo, en cuanto se transfigura en conciencia de la vida histórica". *

* Luna, Félix. Conversaciones con José Luis Romero, p. 16

Porque lo que Romero no puede concebir es la no existencia de un trabajo interpretativo. Pero la interpretación para él encierra muchas claves. Es más que el trabajo de un estudioso. Es el compromiso ineludible del historiador; el compromiso vital, que puede ser definido como la preocupación individual y social del hombre.

Por eso la historia, para este autor, posee una naturaleza bifronte: su manifestación como un mero saber y como historia viva o conciencia de la vida histórica; la primera sólo vale si conduce a la segunda.

Existe para Romero lo que se llama actitud histórica que se realizaría en dos instancias: en cuanto ciencia que aspira a una máxima objetividad fundamentada ésta en pruebas minuciosas y en cuanto a la conciencia, que procura sistematizar en un todo poseedor de un sentido lógico, lo que no se encuentra en los testimonios y que solamente aparece cuando el dato se funde en un complejo organizado según un esquema intelectual.

"Estrechamente dependiente de la vida creadora y multiforme cuya experiencia personal obra en el historiador, la actitud histórica proyecta inevitablemente sobre la reconstrucción del conjunto de los datos, intereses y tendencias que corresponden a la pura subjetividad; mientras lucha por liberarse de ellos perfecciona su capacidad instrumental; pero cuando ahonda la búsqueda del sentido profundo de los datos que se le ofrecen, se aleja de ese ideal científico tan trabajosamente elaborado a lo largo de la Edad Moderna... la gloria y la tragedia de la actitud histórica reside en esta necesaria ejercitación bifronte del espíritu". *

* Romero, José Luis. De Herodoto a Polibio. p. 17

Otro problema que atañe a la cuestión del conocimiento histórico, es el de la historicidad, como él lo llama. En efecto, para Romero en la medida en que la historia es historia viva, ya que recibe de manera voluntaria o involuntaria "la corriente de la vida" que circunda al historiador, el conocimiento histórico adquiere una dimensión peculiar, la de la historicidad.

Esto es, como en la vida no hay nada que sea inmutable, en el conocimiento tampoco lo hay, ya que uno y otro están estrechamente unidos. De todos los tipos de conocimiento que existen, ningún género de ellos está tan estrechamente unido a la vida como el conocimiento histórico. En éste es muy difícil, dice al autor, hallar un estrato en el que pueda asentarse firmemente la objetividad del conocimiento.

Porque:

"frente al desarrollo histórico de su propia época o aún de una época lejana, el historiador se encuentra con obstáculos casi insuperables para alcanzar una ~~actitud totalmente~~ objetiva".

Por otra parte se le ponen obstáculos instrumentales porque no todos los datos se hallan a su alcance y por otra parte por la variabilidad con la que los sujetos históricos pueden proporcionar fisonomías diferentes de las cosas. Pero por otra parte, lo difícil de la tarea del historiador en cuanto a la objetividad, radicaría en el hecho de que su objeto de estudio es un material cognoscitivo determinado que no refiere a realidades inertes sino a realidades particulares que aún siendo pasadas contienen potencialmente el "tempestuoso aliento de la vida".

Para Romero, la tendencia a la objetividad debe acentuarse cuando se pueda. Y ésto sería para él la etapa de la búsqueda y de la crítica del dato, que por ser previa al trabajo de interpretación, debe caracterizarse por su rigor objetivo. Pero también se debería lograr el máximo de objetividad en la etapa de la interpretación, pero reconociendo que esa objetividad es siempre difícil de alcanzar o casi imposible, y de esta manera evitar caer en la posición de aquellos que creen desprenderse totalmente de sus prejuicios.

Y entonces aquí llegamos a un error a nuestro juicio idealista de interpretación histórica que Romero efectúa, y es que este autor no distingue la historia como realidad del proceso de reflexión sobre ella.

Al hablar sobre las obras históricas, señala que un vasto sector de éstas dependen de la personalidad del historiador, lo que aparece reflejado en la misma. El pasado histórico se suscita en el espíritu del historiador, retornando bajo una forma literaria. Porque para él, la historia es una historia intelectual, la historia existe porque existen los historiadores que la reconstruyen, ya que la sustancia de la historia es una realidad extinguida, una realidad pasada. No hay distinción entre la realidad histórica y el conocimiento de ésta y más claro aún: la historia es el pensamiento que la crea.

Siguiendo esto, la historia no se ocuparía del pasado. Le preguntaría sí al pasado, cosas que le interesan al hombre vivo. La conciencia histórica sería el elemento que logra ajustar el pasado con el presente. Ella funciona como un hilo conductor que logra conectar el pasado con lo actual.

Siguiendo a Croce, Romero está de acuerdo en la existencia de un factor intuitivo en el buen historiador. Hay un límite en el conocimiento histórico que se resuelve con la intuición de los historiadores.

Afirma que éstos suelen tener la idea de que enriquecimiento del conocimiento histórico, significa acrecentamiento del número de datos. Sin embargo él piensa que si bien este aspecto es importante, también lo es el descubrir nuevas ideas, nuevos criterios interpretativos, nuevas pistas. Con esto se logra releer todo lo que se ha leído y descubrir cosas que no han sido observadas antes.

Aborda el problema de la verdad histórica indicando que en el campo de las ciencias históricas hay cuestiones de hecho que pueden establecerse con el mismo rigor que las ciencias físicas y matemáticas. Hay verdades de hecho mediante las cuales se ha alcanzado una absoluta certidumbre. Pero el problema consiste en que las ciencias del hombre y las sociedades no pueden agotarse en el establecimiento de las verdades de hecho.

Resulta que de pronto el hecho es el punto de partida para saber que había detrás de él, y aquí es en donde empieza a tomar relevancia lo que se obtiene al profundizar en el mundo de los hechos. Romero desmitifica esa importancia tradicional al problema de los hechos históricos. Porque como diría Lucien Febvre en combates por la historia ¿dónde captar el hecho en sí, ese pretendido átomo de la historia?.

Romero considera la existencia de un proceso histórico, el cual debe ser entendido en su totalidad por el historiador. La parcelación de aquel es algo sumamente ahistórico. Su misma pasión por lo medieval se explica por que del estudio de este período él obtiene los hilos conductores para entender los procesos actuales. La historia es algo continuo, es un todo difícil de diferenciar en partes, cuyo eje es el desarrollo y formas de comportamiento de las sociedades, de los hombres.

La historia que él visualizaba estaba cargada de elementos de racionalidad y de a-racionalidad. Los primeros dependen de la voluntad deliberada del individuo que opera racionalmente sobre la realidad. Los segundos, los a-rationales, provienen de la sensibilidad individual y colectiva, y .

también del azar. La coherencia del proceso la de la existencia de situaciones básicas inevitables; es decir, ciertos objetivos individuales y colectivos, que pueden ser de corto, largo o mediano plazo. Lo que le dá coherencia y unidad a este proceso histórico, la fuerza que lo mueve, es la perpetuación de los caracteres propios de la condición humana.

Afirma nuestro autor que el hombre tiene básicamente un problema de identidad que lo lleva a cuestionarse sobre sus orígenes. Y ésto lo inserta directamente en la historia. No puede vivir sin este referencial. Si la historia, afirma, no tuviera este profundo sentido metafísico, no hubiera durado tantos siglos, no sería una disciplina tan vieja como las religiones y la filosofía.

La vigencia de la historia, escribe Romero, en un sentido la dá el presente, lo actual, porque a nadie le interesa verdaderamente el pasado y nadie entiende verdaderamente el pasado, sino le apasiona el presente y el futuro. Así ocurrió por ejemplo con Homero y Hesíodo quienes recogieron el vasto caudal legendario y seleccionaron sin duda en función de los intereses vivos propios de su círculo cultural.

Un poco la idea de esto sería que la historia es el pensamiento contemporáneo proyectado sobre el pasado. Esta idea presentista conduciría a cierto relativismo; Romero piensa que en última instancia el conocimiento cada vez se perfecciona más, ya que por ejemplo, las interpretaciones viejas sobre la historia, luego van siendo asimiladas por las que se producen nuevamente. Todo es progreso.

La historia señala, sería aquello que se descubre en el juego de equilibrio y desequilibrio que rige la continua interacción de elementos y planos que conforman la vida histórica social.

Romero habla de la necesidad de conceptualización y elaboración. Es por esto que él admira a Mitre como un historiador con el cual se identifica. Mitre pensaba que la historia era elaboración y conceptualización. "Era necesario penetrar en la esencia del proceso histórico para no limitarse a hacer un perfil recortado con tijera, son sus palabras, en el papel de los documentos, y para descubrir el hilo conductor del proceso histórico, que permita llegar a lo que él llamaba "la parte abstracta, que es el complemento y la coronación de toda labor histórica".

* Romero, José Luis. Mitre: un historiador frente al destino nacional

Cuáles serían las características de un buen historiador?. Como un primer elemento que Romero señala encontramos el rigor. También un alto grado de flexibilidad y elasticidad para poder incluir la realidad de la vida histórica que es tan ambigua y tumultuosa en una rigurosa concepción cognoscitiva. Todo esto realizado con el menor juicio posible. Debe tratar de explicar y comprender el pasado dentro de sus propias reglas haciéndose a la idea de que todo lo que existe es válido y puede explicarse.

El historiador también debe estar movido por un gran amor al ser humano y un gran deseo de entender qué somos , "porque al fin de cuentas uno de los objetos de ese amor es uno mismo, puesto que uno forma parte de la humanidad que estudia". *

Lo que hace de Mitre un buen historiador es su capacidad de conjugar dos instancias fundamentales para el quehacer histórico: por una parte logra definir una teoría del desarrollo histórico y del mecanismo sociológico y por otra, los elementos que le permitan llegar a una conceptualización del pasado nacional, para hacerlo inteligible; primero se transformará en contenido de una conciencia colectiva después en la posibilidad de condensarlo en una línea de acción de la conducta.

* Luna, Félix. Op. Cit. p. 139

El historiador es quien posee el instrumento y el hábito de la reflexión, y por esto, es a quien le corresponde indiscutiblemente predecir sobre los tiempos futuros.

Vuelve a retomar la idea de historia como proceso: un buen historiador no sólo debe comprobar la verdad de las afirmaciones, sino también buscar datos y hechos nuevos, y además, lo más importante debe tratar de establecer las correlaciones y los nexos íntimos; así como el proceso de desarrollo total de la sociedad o el momento que estudia. El historiador debe contribuir a aclarar la conciencia colectiva frente a interrogantes decisivos; debe, dice el autor, realizar el imprescindible ajuste entre pasado y presente para visualizar la línea del desarrollo venidero.

Pero éste debe realizarse no por un afán científico o erudito. Esto tiene un fundamento político, un compromiso que tiene el historiador con su sociedad, aunque Romero señale que el compromiso no deba ser político o ideológico. El piensa que debe ser vital. "Mi vida está decidida a entender qué pasó en este campo y esto va ser lo que yo haga en mi breve tránsito. Tiene que haber un poco de pasión, sino es oficio".*

*Luna, Félix. Op. Cit. p. 23-24

El buen historiador debería poder conjugar estos dos momentos: pasión y oficio. El historiador debe comprender y ésto significa tener muy claro que es lo que hay que comprender, haber visualizado cuáles serán las distintas posibilidades de interpretación, manejar la mayor cantidad de elementos coadyuvantes para la comprensión. La pasión en el historiador radicaría en amar lo que se debe comprender. Porque en última instancia son los historiadores los que, a su juicio, tienen la tarea de preguntarse y resolver sobre el problema de la identidad nacional.

Hay tres instancias reunidas en Mitre historiador que Romero señala como muy importantes:

"Reconstruir la línea de coherencia de nuestro pasado, proporcionar una conciencia clara del presente y fundamentar en una clara conceptualización de las ideas que informaban el desarrollo histórico una política postulada para el futuro". *

* Romero, José Luis. Mitre: un historiador frente al destino nacional
p. 7

Hay en él un concepto totalizador de la historia. Su misma práctica lo confirma. El contempla la historia argentina como una parte de la historia de occidente, comprendiéndola así, en un todo.

De esta manera, el historiador comprometido no ideológica o políticamente, sino vitalmente, descubre su tema. Recurrimos a un archivo o a una fuente documental, con esa intención ya encauzada en un tema específico.

La historia no se ocupa del pasado, le pregunta al pasado cosas que le interesan al hombre vivo. No hay en Romero, por lo menos en el momento de sus reflexiones, una separación efectiva entre historia como pensamiento e historia real. Son dos instancias que en él aparecen confundidas.

Pensamos nosotros que existe la historia como realidad, o sea, el proceso vivido por las sociedades en los distintos tiempos con toda la riqueza de matices y problemas que decir ésto encierra. Luego existe también la manera en que se ha abordado el estudio de la misma, y cómo se la ha sistematizado. Pero son dos momentos diferentes, que aún así se influyen mutuamente: la manera en que yo explico la realidad de alguna forma está significada por la misma y viceversa.

Romero considera que los historiadores, y ésto se de be remitir también a nuestro juicio a toda disciplina so - cial, deben tener un grado muy alto de flexibilidad en su manera de introducir la realidad que es tan compleja y va - riada en un modelo interpretativo que la enmarque.

Sin embargo, añadimos nosotros, un buen historiador debería tener además de la flexibilidad que Romero mencio - na, un alto grado de rigor teórico.

Y en este sentido nos parece que es éste el elemen - to faltante en nuestro autor. Por eso habla él de una his - toria vital. Vital en el sentido de lo intuitivo, lo que es impulso. Romero es riguroso en cuanto a su meticulosi - dad de trabajo. Sin embargo, hay ciertas pautas que un historiador debe considerar y que no aparecen en él.

Por ejemplo, para abordar la realidad hacemos usos de distintos métodos; vacíos que el trabajo histórico no puede llenar, probablemente otras disciplinas sociales sí lo hagan. Si la realidad es tan variada y multiforme, es imposible pretender que pueda ser asimilada y contextuali - zada únicamente por un sólo camino, por más que el sujeto que la esté estudiando lo haga de la manera más flexible posible. Romero no contempla este hecho. Por un lado tra - baja sobre los problemas culturales y sociales rompiendo

con la historia tradicional, pero por otro lado insiste, a la manera tradicional, sobre el papel de la historia como saber de los saberes; como lo único posible para explicar la realidad.

Señala que en todo trabajo historiográfico existe un grado posible de subjetividad. Subjetividad de interpretación, producida por las pasiones y condiciones del que la realiza. Sin embargo, esto puede ser a su juicio, reintegrado en el proceso total de conocimiento. Podría ser otro problema presentista de este autor, porque traducido en otras palabras, sería considerar que todo trabajo de interpretación sobre la realidad es justificado y justificable en tanto se conozca y tenga en cuenta la situación particular en que se produce.

Pensamos que tiene que existir un marco de referencia sólido. A nuestro juicio particular lo que él plantea no es posible ya que sí tiene que existir dentro de lo posible cierta rigurosidad interpretativa para no caer en un relativismo infructuoso, y además tener en cuenta que todo proceso de conocimiento se realiza desde una posición de clase determinada en la sociedad. Es como si Romero exagerara el papel de lo diacrónico en la historia. La historia del conocimiento es un proceso y cada vez es mejor, o sea, en con

tínuo avance. Pero sólo ve este aspecto. El lado que él omite es el que podría explicarle en qué condiciones se produce o se gesta ese conocimiento.

Lo mismo en sus análisis históricos en concreto. No hace una buena combinación de lo diacrónico y lo sincrónico, porque teme que lo primero se pierda en lo segundo, y con ello perder la idea de totalidad. De hecho, él insiste en la importancia del largo plazo; por eso cuando en las conversaciones habla sobre la Argentina, su visión es optimista en tanto ve un futuro promisorio. Sin embargo es como si descuidase los momentos coyunturales. Se preocupa más, y en esto nos parece idealista, por una Argentina integrada, con una comunidad integrada, cuando en realidad hay un problema estructural que impide esto, Aquí su idealismo es patente.

Los problemas de Argentina, él los interpreta a través del carácter de fronteras abiertas a la inmigración que siempre presentó este país, lo que produjo el retraso o estancamiento de la consolidación de una conciencia colectiva hacia la comunidad, porque en la medida en que se iban incorporando nuevas mentalidades, dicho proceso se obstaculizaba. Pero como ahora la sociedad argentina está prácticamente conformada, puede concretizar una manera

de ser nacional. Sin embargo, Romero piensa en la conciencia desligada de una realidad. El ser nacional puede construirse en tanto se constituye una idiosincrasia particular. De hecho cada país lo posee. No obstante, la crisis de Argentina no puede explicarse por el desarrollo y consolidación tardíos de este proceso.

Interpretar el problema, así sería querer homogeneizar de manera total aunque "ingenua" distintos lugares de conciencias que de hecho no pueden ser amalgamadas. La forma de sentir, de vivenciar la realidad nacional que se manifiesta en la clase media, difiere de la que ostentan la burguesía o los intelectuales.

Romero piensa y dice explícitamente que hay que buscar soluciones reformistas. Sería la única manera de lograr algo sin ir a contrapelo de lo que la realidad nos ofrece. Existe la revolución, pero progresiva, la cual se logra primero, instaurando una democracia. La historia de occidente está comprendida dentro de un ciclo, cuyo fin, Romero visualiza como triunfal.

Más que un análisis de las estructuras es un análisis del proceso total. Por ejemplo, distingue el desarrollo de los problemas sociales y culturales, concatenados en un tiempo largo. Sin embargo no descompone este tiempo largo en estructuras que le permitan aislar elementos: no hay un análisis profundo de los componentes sociales, o de cómo se gestan los fenómenos culturales de acuerdo a ellos o cómo se produce un sistema de ideas en las sociedades.

Este autor ha sistematizado en distintos trabajos el conjunto de valores, tradiciones, ideas, bases culturales, de lo que se denominó cultura occidental, prácticamente desde los días del imperio romano hasta la modernidad. Su interés radicaba en las formas de vida, el grado de conciencia de las sociedades, la cultura que se puede producir.

Habla de una sociedad en cierta manera injusta, pero que puede mejorar. Occidente, dice, en su desarrollo ha so juzgado pueblos y culturas, pero otras nuevas han surgido con esta dominación. También las sociedades occidentales están estructuradas de manera injusta. Sin embargo, aunque pasen sus formas temporales, y pasen también los que ejercen la supremacía dentro de su ámbito, la cultura oc -

cidental no pasará. Esta afirmación de Romero nos sugiere una noción de sustancia, de continuo, o como él lo llama, de vida histórica, fundamento de las sociedades.

CONCLUSIONES

Hasta aquí expusimos los puntos básicos del pensamiento de este autor referidos por él en algunos textos ; deducidos otros por nosotros.

Cómo podríamos sintetizar y ordenar dichas referencias? Cuáles son las categorías mentales que utilizan el autor? Si propusieramos a nuestro autor la clásica pregunta de rigor en estos casos, ¿qué es la historia?, nos encontraríamos con la existencia de dos definiciones que nosotros podemos deducir de su pensamiento. Historia como una creación intelectual. Historia realizada por los historiadores, ya que la sustancia de la historia pertenece a una realidad que se ha extinguido, una realidad pasada.

Sin embargo, otra forma de definir en él la historia es considerar que ésta no se ocupa del pasado, sino que le pregunta al pasado cosas que le interesan al hombre vivo , por su presente. Todo análisis que nosotros hacemos del proceso histórico estará evocando una necesidad presente , vigente.

Presente y pasado aparecen relacionados por la consciencia histórica quien funciona como hilo conductor. La consciencia histórica, es aquello que hace preguntar a los hombres por su identidad.

Esta historia que es el pensamiento reflexivo del historiador sobre la realidad, se desarrolla en un proceso. Es decir que en tanto proceso, cada vez es más depurado; lo visualizamos más decantado. Y aquí nuestra pregunta: qué es lo que cada vez adquiere un grado más alto de superación, la realidad o el conocimiento? En este autor ambos términos, insistimos, no se delimitan claramente.

Este proceso del que hablábamos no puede presentar cortes, porque su idea de totalidad histórica se fragmentaría. De allí la importancia de lo diacrónico sobre lo sincrónico en este autor.

Para Romero lo importante es el suceder histórico; la concatenación en el tiempo. El busca sin encontrarla jamás, la sustancia básica que constituyó las sociedades, desde sus inicios hasta hoy. Y esta es su idea de totalidad. Sin embargo la idea de totalidad histórica habría que buscarla en la perfecta combinación de lo diacrónico y lo sincrónico.

Para Romero la historia es algo continuo, es un todo difícil de diferenciar en partes.

Lo anteriormente expuesto tiene su consecuencia política. El considerar al historiador como el creador o intérprete de la realidad histórica presupone obviar la existencia de otros sujetos históricos creadores y constructores reales de la historia, quizás los únicos legítimos. Caer en la imprecisión tramposa de confundir realidad con pensamiento sobre ésta, es querer manejar aquella arbitrariamente, sin poder leer lo que efectivamente nos presenta.

De esta manera podríamos decir que sí hay algo de cierto en aquello de que la concepción del proceso histórico cambia continuamente. De hecho los historiadores recriben continuamente la historia.

La clave de esto radica en que a diferencia de la respuesta que otorga el presentismo al considerar que la reinterpretación de la historia está en función de las necesidades del presente, otra respuesta podría ser comprender el conocimiento histórico como proceso y superación en sí, independientes de una elaboración de este en función del pre-

sente. Pensándolo así puedo tomar conciencia de la variabilidad de la-imágen histórica, y no temer por la pérdida de la objetividad.

También pensamos en esa visión optimista que Romero planteaba de la realidad social; como si creyera en la existencia de una armonía social, hecho que se corresponde con su idea de progreso en la historia; este idealismo lo llevó a afirmar en 1976, en plena época del último golpe militar en Argentina, que él veía el futuro de la nación cada vez mejor, con una comunidad cada vez más integrada. La historia demostró que no podía ser así.

Pensamos que la obra de este autor es inmensamente rica y pulcra. Historiador que perteneció a una generación de la intelectualidad argentina preocupada por los problemas sociales de un país cuya historia tuvo como signo específico la inestabilidad en todos los ámbitos, Romero quiso encontrar un fundamento que explicara lo que él llamaba el ser nacional, a través de una cultura propia, de un sistema de valores e ideas, o de una identidad.

Sin embargo esta preocupación lo distanció de una realidad quizá más urgente.

OBRAS CONSULTADAS

Lowy, Michel et al. Sobre el método marxista. México, Grijalbo, 226 p. (Teoría y praxis).

Luna, Félix. Conversaciones con José Luis Romero. Sobre una Argentina con historia, política y democracia. Buenos Aires, Editorial de Belgrano, 1978. 213 p. (Figuras contemporáneas).

Romero, José Luis. Breve historia de la Argentina. 2a. ed. Buenos Aires, Huemul, 1979. 226 p. (Colección Temas del hombre).

De Herodoto a Polibio. Argentina, Colección Austral, 1952, 144 p.

El ciclo de la Revolución contemporánea bajo el signo del 48. Buenos Aires, Argos, 1948. 220 p. (Biblioteca Argos; historia y viajes)

El desarrollo de las ideas en la sociedad del siglo XX. México, Fondo de Cultura Económica, 1965. 197 p. (Colección Tierra Firme, 8)

La cultura occidental. 2a. ed. Buenos Aires, Editorial Columba, 1961. 63 p. (Colección Esquemas, 8)

Las ideas políticas en Argentina. México, Fondo de Cultura Económica, 1946. 236 p. (Colección Tierra Firme, 25)

Latinoamérica, las ciudades y las ideas. 2a. ed. México, Siglo XXI, 1976. 396 p.

Mitre, un historiador frente al destino nacional. Buenos Aires, 1943. 36 p.

Rouquié, Alain. Poder militar y sociedad política en la Argentina. II, 1943-1973. Buenos Aires, Emecé, 1978.

Peralta Ramos, Mónica. Acumulación de capital y crisis política en Argentina. (1930-1974). México, Siglo XXI, 1978. 453 p.

Schaff, Adam. Historia y verdad. 5a. ed. México, Grijalbo, 1981, 382 p. (Teoría y Praxis).

Verón, Eliseo. Imperialismo, lucha de clases y conocimiento; veinticinco años de sociología en la Argentina. Buenos Aires, Tiempo Contemporáneo, 1974. 107 p. (Ciencias Sociales, Colección Signos).

Viñas, David. Literatura argentina y realidad política; de Sarmiento a Cortázar, Buenos Aires, Siglo Veinte, 1971. 253 p.